

SANCTI ANSELMI PROSLOGION O DIÁLOGO SOBRE LA EXISTENCIA DE DIOS.

29 PRÓLOGO.

Con un solo argumento en este opúsculo intenta probar que Dios existe, y todo lo que creemos sobre Dios. Dificultad de la obra. El autor escribe bajo la persona de quien contempla a Dios y busca entender lo que cree. A este opúsculo le había dado el título: Fe buscando entendimiento. Luego lo llamó Proslogion, es decir, Diálogo.

Después de haber publicado un opúsculo (Monologion), como ejemplo de meditación sobre la razón de la fe, impulsado por las súplicas de algunos hermanos, en la persona de alguien que, razonando en silencio consigo mismo, investiga lo que no sabe: considerando que estaba compuesto por una concatenación de muchos argumentos, comencé a preguntarme si acaso podría encontrarse un solo argumento, que no necesitara de otro para probarse, sino que se bastara a sí mismo; y que fuera suficiente para demostrar que Dios realmente existe, y que es el bien supremo que no necesita de nada más, y del cual todo necesita para ser y ser bien; y todo lo que creemos sobre la sustancia divina. A lo cual, cuando a menudo y con esmero dirigía mi pensamiento, y a veces me parecía que ya podía captar lo que buscaba, otras veces la agudeza de mi mente se me escapaba por completo, finalmente, desesperado, quise desistir, como de la búsqueda de algo que era imposible de encontrar. Pero cuando quise excluir por completo ese pensamiento, para que no ocupara mi mente en vano, impidiéndome progresar en otras cosas, comenzó a imponerse con más insistencia, a pesar de mi resistencia. Un día, mientras me fatigaba resistiendo a su insistencia, en medio del conflicto de pensamientos, se presentó lo que había desesperado de encontrar, de modo que abracé con esmero el pensamiento que antes rechazaba con preocupación. Pensando entonces que lo que me alegraba haber encontrado, si se escribiera, podría agradar a algún lector, escribí este opúsculo sobre esto mismo y sobre algunas otras cosas, bajo la persona de quien intenta elevar su mente para contemplar a Dios, y busca entender lo que cree. Y como no consideraba que ni este ni aquel, del que hablé antes, fueran dignos del nombre de libro, o que se les antepusiera el nombre del autor; pero tampoco pensaba que debían dejarse sin algún título que de algún modo invitara a leerlos a quien llegaran a sus manos, di a cada uno su título: el primero, ejemplo de meditación sobre la razón de la fe, y el siguiente, fe buscando entendimiento. Pero cuando ya ambos habían sido transcritos por muchos con estos títulos, muchos me obligaron, y especialmente el reverendo arzobispo de Lyon, Hugo de nombre, que ejercía en Francia la legación apostólica, quien me ordenó con autoridad apostólica que escribiera mi nombre en ellos. Para que esto se hiciera de manera más adecuada, llamé a aquel Monologion, es decir, Soliloquio; y a este Proslogion, es decir, Diálogo.

CAPÍTULO PRIMERO.

Excitación de la mente para contemplar a Dios.---Rechaza las preocupaciones y excluye todo excepto a Dios para buscarlo. El hombre fue hecho para ver a Dios. El hombre pecador perdió la bienaventuranza para la que fue hecho; y encontró la miseria para la que no fue hecho. No guardó el bien, cuando fácilmente podía. Sin Dios, estamos mal. Nuestros esfuerzos y trabajos son vanos sin Dios. El hombre no puede buscar a Dios, a menos que Él mismo lo enseñe; ni encontrarlo, a menos que Él mismo se muestre. Dios creó al hombre a su imagen, para que lo recuerde, lo piense y lo ame. El hombre fiel no busca entender para creer; sino que cree para entender: porque, a menos que crea, no entenderá.

Vamos ahora, pequeño hombre, huye un poco de tus ocupaciones, escóndete un poco de tus pensamientos tumultuosos. Rechaza ahora las preocupaciones pesadas, y pospone tus arduas distracciones. Dedicar un poco de tiempo a Dios, y descansa un poco en Él. Entra en el aposento de tu mente; excluye todo excepto a Dios, y lo que te ayude a buscarlo, y, cerrada la puerta, búscalo. Di ahora, todo mi corazón, di ahora a Dios: Busco tu rostro; tu rostro, Señor, busco (Salmo XXVI, 8). Vamos ahora, tú, Señor Dios mío, enseña a mi corazón dónde y cómo buscarte, dónde y cómo encontrarte. Señor, si no estás aquí, ¿dónde te buscaré ausente? Pero si estás en todas partes, ¿por qué no te veo presente? Pero ciertamente habitas en la luz inaccesible. ¿Y dónde está la luz inaccesible, o cómo me acercaré a la luz inaccesible? ¿O quién me guiará, e introducirá en ella; para que te vea en ella? Luego, ¿con qué signos, con qué rostro te buscaré? Nunca te he visto, Señor Dios mío; no conozco tu rostro. ¿Qué hará, altísimo Señor, qué hará este tu exiliado lejano? ¿Qué hará tu siervo ansioso de amor por ti, y arrojado lejos de tu rostro? Anhela verte y tu rostro está muy lejos de él. Desea acercarse a ti y tu morada es inaccesible. Quiere encontrarte y no conoce tu lugar. Quiere buscarte y desconoce tu rostro. Señor, tú eres mi Dios, y tú eres mi Señor; y nunca te he visto. Tú me hiciste y me rehiciste, y todos mis bienes me los has dado, y aún no te conozco. Finalmente, fui hecho para verte; y aún no he hecho para lo que fui hecho. ¡Oh miserable suerte del hombre, cuando perdió aquello para lo que fue hecho! ¡Oh duro y terrible caso aquel! ¡Ay! ¿qué perdió, y qué encontró? ¿qué se fue, y qué quedó? Perdió la bienaventuranza para la que fue hecho, y encontró la miseria para la que no fue hecho: se fue, sin lo cual nada es feliz, y quedó, lo que por sí solo no es más que miserable. Entonces el hombre comía el pan de los ángeles, que ahora anhela; ahora come el pan de dolores, que entonces no conocía. ¡Ay! llanto público de los hombres, lamento universal de los hijos de Adán. Él eructaba de saciedad, nosotros suspiramos de hambre. Él abundaba, nosotros mendigamos. Él felizmente lo tenía, y miserablemente lo dejó; nosotros infelices carecemos, y miserablemente deseamos; y ¡ay! ¡vacíos quedamos! ¿Por qué no lo guardó para nosotros, cuando fácilmente podía, aquello de lo que tan gravemente careceríamos? ¿Por qué nos cerró así la luz, y nos cubrió de tinieblas? ¿Por qué nos quitó la vida, y nos infligió la muerte? Desdichados, ¿de dónde fuimos expulsados, a dónde fuimos empujados? ¿De dónde precipitados? ¿Dónde sepultados? De la patria al exilio, de la visión de Dios a nuestra ceguera, de la alegría de la inmortalidad a la amargura y horror de la muerte. ¡Miserable cambio de tan gran bien a tan gran mal! Gran pérdida, gran dolor, todo grave. Pero ¡ay de mí, miserable, uno de los otros miserables hijos de Eva, alejados de Dios! ¿Qué he comenzado? ¿Qué he hecho? ¿A dónde me dirigía? ¿A dónde he llegado? ¿A qué aspiraba? ¿En qué suspiro? Busqué bienes, y he aquí la turbación. Me dirigía a Dios, y me encontré conmigo mismo. Buscaba descanso en mi secreto, y encontré tribulación y dolor en mis entrañas. Quería reír de gozo de mi mente, y me veo obligado a rugir de gemido de mi corazón. Se esperaba alegría, y he aquí de dónde se densan los suspiros. ¿Y tú, Señor, hasta cuándo? ¿Hasta cuándo, Señor, nos olvidarás, hasta cuándo apartarás tu rostro de nosotros? ¿Cuándo mirarás y nos escucharás? ¿Cuándo iluminarás nuestros ojos, y nos mostrarás tu rostro? ¿Cuándo te devolverás a nosotros? Mira, Señor; escucha, ilumínanos, muéstranos a ti mismo. Devuélvete a nosotros para que estemos bien; sin ti estamos tan mal. Ten piedad de nuestros trabajos y esfuerzos hacia ti, que nada valemos sin ti. Nos invitas; ayúdanos. Te ruego, Señor, que no desespere suspirando; sino que respire esperando. Te ruego, Señor, mi corazón está amargado por su desolación; endúlzalo con tu consuelo. Te ruego, Señor, comencé a buscarte hambriento, no permitas que termine ayunando de ti: me acerqué hambriento, no permitas que me retire sin saciarme. Vine pobre al rico, miserable al misericordioso, no permitas que regrese vacío y despreciado. Y si antes de comer suspiro, da, al menos después de los suspiros, algo que comer. Señor, inclinado no puedo sino mirar hacia abajo; levántame para que pueda mirar hacia arriba. Mis iniquidades

han sobrepasado mi cabeza, me envuelven; y como una carga pesada, me agobian. Desenvuélveme, alívame para que el pozo de ellas no abra su boca sobre mí: permíteme mirar tu luz, aunque sea de lejos, o desde lo profundo. Enséñame a buscarte, y muéstrate al que te busca; porque no puedo buscarte, a menos que tú me enseñes, ni encontrarte, a menos que tú te muestres. Te buscaré deseando, te desearé buscando, te encontraré amando, te amaré encontrando. Confieso, Señor, y te doy gracias, porque creaste en mí esta imagen tuya, para que te recuerde, te piense, te ame: pero está tan borrada por la fricción de los vicios, tan oscurecida por el humo de los pecados, que no puede hacer para lo que fue hecha, a menos que tú la renueves y reformes. No intento, Señor, penetrar tu altura; porque de ninguna manera comparo mi entendimiento con ella, sino que deseo entender de alguna manera tu verdad, que mi corazón cree y ama. Porque no busco entender para creer; sino que creo para entender. Pues también creo que a menos que crea, no entenderé.

CAPÍTULO II.

Que verdaderamente existe Dios, aunque el insensato dijo en su corazón: No hay Dios.

Por lo tanto, Señor, tú que das entendimiento a la fe, dame para que, en la medida que sabes que es conveniente, entienda que existes, tal como creemos; y que eres lo que creemos. Y ciertamente creemos que eres algo, que nada mayor puede ser pensado. ¿Acaso no existe tal naturaleza, porque el insensato dijo en su corazón: No hay Dios? (Salmo XIII, 1.) Pero ciertamente el mismo insensato, cuando oye esto mismo que digo, algo que nada mayor puede ser pensado; entiende lo que oye, y lo que entiende está en su entendimiento; aunque no entienda que eso existe. Porque una cosa es que algo esté en el entendimiento; otra cosa es entender que algo existe. Pues cuando el pintor premedita lo que va a hacer, ciertamente lo tiene en su entendimiento; pero aún no entiende que existe lo que aún no ha hecho. Pero cuando ya ha pintado, lo tiene en su entendimiento, y entiende que existe lo que ya ha hecho. Por lo tanto, el insensato también se ve obligado a admitir que existe al menos en el entendimiento algo, que nada mayor puede ser pensado; porque cuando lo oye, lo entiende; y todo lo que se entiende, está en el entendimiento. Y ciertamente eso, que nada mayor puede ser pensado, no puede estar solo en el entendimiento. Pues si está solo en el entendimiento, puede pensarse que existe también en la realidad: lo cual es mayor. Si, por lo tanto, eso, que nada mayor puede ser pensado, está solo en el entendimiento, eso mismo, que nada mayor puede ser pensado, es algo que puede ser pensado mayor: pero ciertamente esto no puede ser. Por lo tanto, sin duda existe algo, que nada mayor puede ser pensado, tanto en el entendimiento como en la realidad.

CAPÍTULO III

Que Dios no puede ser pensado como no existente.---Dios es aquello que nada mayor puede ser pensado. Aquello que puede ser pensado como no existente, no es Dios.

Lo cual ciertamente es tan verdadero, que no puede ser pensado como no existente. Pues puede pensarse que existe algo que no puede ser pensado como no existente; lo cual es mayor que aquello que puede ser pensado como no existente. Por lo tanto, si eso, que nada mayor puede ser pensado, puede ser pensado como no existente: eso mismo, que nada mayor puede ser pensado, no es aquello que nada mayor puede ser pensado: lo cual no puede ser. Así, por lo tanto, verdaderamente existe algo que nada mayor puede ser pensado, de modo que no puede ser pensado como no existente: y esto eres tú, Señor nuestro Dios. Así, por lo tanto, verdaderamente eres, Señor, mi Dios, de modo que no puedes ser pensado como no existente;

y con razón. Pues si alguna mente pudiera pensar algo mejor que tú, la criatura ascendería sobre el Creador, y juzgaría al Creador: lo cual es muy absurdo. Y ciertamente todo lo que es otro que tú solo, puede ser pensado como no existente. Por lo tanto, tú solo eres verdaderamente de todos, y por eso tienes el ser más que todos; porque todo lo demás no es tan verdaderamente, y por eso tiene menos ser. ¿Por qué, entonces, dijo el insensato en su corazón: No hay Dios? (Salmo XIII, 1) cuando está tan a la vista de la mente racional, que tú eres más que todo. ¿Por qué, sino porque es necio e insensato?

CAPÍTULO IV.

Cómo el insensato dijo en su corazón, lo que no puede ser pensado.---Las cosas se piensan de dos maneras. 1. Cuando se piensa en la palabra que las significa. 2. Cuando se entiende la cosa misma. Según la palabra, Dios puede ser pensado como no existente; según la cosa, no puede.

Pero, ¿cómo dijo el insensato en su corazón lo que no pudo pensar; o cómo no pudo pensar lo que dijo en su corazón? cuando es lo mismo decir en el corazón, que pensar. Pero si verdaderamente, o más bien porque verdaderamente lo pensó, porque lo dijo en su corazón; y no lo dijo en su corazón, porque no pudo pensarlo; no se dice algo en el corazón o se piensa de una sola manera. Pues una cosa se piensa cuando se piensa en la palabra que la significa; otra cosa cuando se entiende la cosa misma. De esa manera, Dios puede ser pensado como no existente; de esta manera, no. Pues nadie que entienda lo que son el fuego y el agua, puede pensar que el fuego es agua según la cosa; aunque esto pueda hacerse según las palabras. Así, pues, nadie que entienda lo que es Dios, puede pensar que Dios no existe; aunque diga estas palabras en su corazón, ya sea sin ningún significado, o con algún significado extraño. Porque Dios es aquello que nada mayor puede ser pensado. Quien entiende esto bien, ciertamente entiende que eso mismo es tal, que no puede ser pensado como no existente. Por lo tanto, quien entiende que Dios es así, no puede pensar que no existe. Gracias a ti, buen Señor, gracias a ti; porque lo que antes creía, ahora lo entiendo así, por tu don, iluminándome; que si no quisiera creer que existes, no podría no entenderlo.

CAPÍTULO V.

Que Dios es todo lo que es mejor ser, que no ser; y solo existiendo por sí mismo, hace todo de la nada.

¿Qué eres, entonces, Señor Dios, que nada mayor puede ser pensado? Pero, ¿qué eres, sino aquello que es el supremo de todos, existiendo solo por sí mismo, que hizo todo lo demás de la nada? Pues lo que no es esto, es menos de lo que puede ser pensado; pero esto no puede ser pensado de ti. ¿Qué bien, entonces, falta al sumo bien, por el cual es todo bien? Tú eres, por lo tanto, justo, veraz, bienaventurado, y todo lo que es mejor ser que no ser: pues es mejor ser justo, que no justo; bienaventurado, que no bienaventurado.

CAPÍTULO VI.

Cómo Dios es sensible, aunque no es cuerpo.---Dios es sensible, omnipotente, misericordioso, impasible: porque es mejor ser estas cosas que no serlo. No es inapropiado decir que de alguna manera siente quien de alguna manera conoce.

Pero, ¿cómo eres sensible, si no eres cuerpo; o omnipotente, si no puedes todas las cosas; o misericordioso y al mismo tiempo impasible? Pues si solo las cosas corporales son sensibles; ya que los sentidos están en torno al cuerpo, y en el cuerpo; ¿cómo eres sensible, si no eres cuerpo; sino el supremo Espíritu, que es mejor que el cuerpo? Pero si sentir no es más que conocer, o no es más que para conocer; pues quien siente, conoce según la propiedad de los sentidos, como por la vista los colores, por el gusto los sabores: no es inapropiado decir que de alguna manera siente, quien de alguna manera conoce. Por lo tanto, Señor, aunque no seas cuerpo; sin embargo, verdaderamente eres sumamente sensible, en la medida en que sumamente conoces todas las cosas; no como el animal conoce con sentido corporal.

CAPÍTULO VII.

Cómo es omnipotente, aunque no puede muchas cosas.---Poder corromperse o mentir, no es potencia, sino impotencia. Dios no puede nada por impotencia, y nada puede contra Él.

Pero, ¿cómo eres omnipotente, si no puedes todas las cosas? O si no puedes corromperte, ni mentir, ni hacer que lo verdadero sea falso: como, que lo que se ha hecho, no sea hecho, y muchas cosas similares: ¿cómo puedes todas las cosas? o poder estas cosas, no es potencia; sino impotencia. Pues quien puede estas cosas, puede lo que no le conviene, y lo que no debe; y cuanto más puede estas cosas, tanto más la adversidad y la perversidad pueden en él, y él menos contra ellas. Por lo tanto, quien así puede, no puede por potencia, sino por impotencia. Pues no se dice que puede, porque él mismo pueda; sino porque su impotencia hace que otra cosa pueda en él, o de alguna manera de hablar, como muchas cosas se dicen impropriamente, como cuando ponemos ser por no ser, y hacer por lo que es no hacer, o por no hacer nada. Pues a menudo decimos a quien niega que algo es: Así es, como dices que es: cuando más propiamente se diría: Así no es, como dices que no es. También decimos: Este está sentado, como aquel hace: o, este descansa como aquel hace: cuando sentarse es algo que no es hacer, y descansar es no hacer nada. Así, pues, cuando alguien se dice que tiene la potencia de hacer o sufrir lo que no le conviene, o lo que no debe; se entiende impotencia por potencia; porque cuanto más tiene esta potencia, tanto más la adversidad y la perversidad son más poderosas en él, y él más impotente contra ellas. Por lo tanto, Señor Dios, eres más verdaderamente omnipotente, porque no puedes nada por impotencia, y nada puede contra ti.

CAPÍTULO VIII.

Cómo es misericordioso e impasible.---Dios es misericordioso según nosotros, que sentimos el efecto del misericordioso. Dios no es misericordioso según Él; que no siente el afecto de compasión.

Pero, ¿cómo eres misericordioso y al mismo tiempo impasible? Pues si eres impasible, no compadece; si no compadece, no tienes un corazón misericordioso por compasión del miserable; lo cual es ser misericordioso. Pero si no eres misericordioso, ¿de dónde es tanta consolación para los miserables? ¿Cómo, entonces, eres, y no eres misericordioso, Señor, sino porque eres misericordioso según nosotros, y no según tú? Eres, pues, según nuestro sentido, y no según el tuyo. Pues cuando miras a nosotros, los miserables, sentimos el efecto del misericordioso; tú no sientes el afecto. Y eres misericordioso, pues, porque salvas a los miserables, y perdonas a tus pecadores; y no eres misericordioso, porque no te afecta la compasión de la miseria.

CAPÍTULO IX

Cómo siendo todo justo, y sumamente justo, perdona a los malos, y cómo justamente se compadece de los malos.---Es mejor quien es bueno con los buenos y los malos, que quien solo es bueno con los buenos. Siendo Dios sumamente justo, es un misterio cómo es misericordioso. Dios es sumamente misericordioso, porque es sumamente justo. Salva a los justos, con la justicia acompañando: libera a los pecadores, con la justicia dominando. Dios perdona a los malos por justicia: porque es justo que Dios, que nadie es mejor ni más poderoso, sea bueno incluso con los malos, y haga buenos de los malos. Si Dios no debe tener misericordia, tiene misericordia injustamente: lo cual es impío decir. Por lo tanto, Dios tiene misericordia justamente.

Pero, ¿cómo perdonas a los malos; si eres todo justo, y sumamente justo? ¿Cómo, pues, siendo todo justo y sumamente justo, haces algo no justo? ¿O qué justicia es, dar vida eterna al que merece la muerte eterna? ¿De dónde, pues, buen Dios, bueno con los buenos y los malos, de dónde te viene salvar a los malos; si esto no es justo, y tú no haces algo no justo? ¿O porque tu bondad es incomprensible, esto está oculto en la luz inaccesible que habitas? Verdaderamente en lo más alto y secreto de tu bondad está la fuente de donde mana el río de tu misericordia. Pues siendo todo y sumamente justo, sin embargo, por eso también eres benigno con los malos, porque eres todo sumamente bueno. Pues serías menos bueno, si no fueras benigno con ningún malo. Pues es mejor quien es bueno con los buenos y los malos, que quien solo es bueno con los buenos; y es mejor quien es bueno con los malos tanto castigando como perdonando, que quien solo castigando. Por lo tanto, eres misericordioso, porque eres todo y sumamente bueno. Y aunque quizás parezca por qué retribuyes bienes a los buenos, y males a los malos: ciertamente es de admirar por qué tú, siendo todo y sumamente justo, y no necesitando de nada, das bienes a los malos y a tus reos. ¡Oh profundidad de tu bondad, Dios, y se ve de dónde eres misericordioso, y no se ve completamente! Se ve de dónde mana el río, y no se ve la fuente de donde nace. Pues es de la plenitud de la bondad, porque eres piadoso con tus pecadores; y en la altura de tu bondad está oculto, por qué razón eres esto. Pues aunque retribuyas bienes a los buenos, y males a los malos, por bondad; sin embargo, parece que la razón de la justicia lo exige. Pero cuando das bienes a los malos, se sabe que el sumamente bueno quiso hacer esto, y es de admirar por qué el sumamente justo pudo querer esto. ¡Oh misericordia, de cuánta opulenta dulzura, y dulce opulencia fluyes para nosotros! ¡Oh inmensidad de la bondad de Dios, con qué afecto eres amada por los pecadores! Pues salvas a los justos, con la justicia acompañando; y liberas a estos, con la justicia dominando. A aquellos, con méritos ayudando; a estos, con méritos oponiéndose. A aquellos, reconociendo los bienes que diste; a estos, perdonando los males que odiaste. ¡Oh inmensa bondad, que así excedes todo entendimiento, venga sobre mí aquella misericordia, que procede de tanta opulencia tuya! Inflúyeme, que fluye de ti. Perdona por clemencia, no castigues por justicia. Pues aunque sea difícil entender cómo tu misericordia no está ausente de tu justicia; sin embargo, es necesario creer que de ninguna manera se opone a la justicia, lo que abunda de la bondad, que no es sin justicia, sino que verdaderamente concuerda con la justicia. Pues si no eres misericordioso, sino porque eres sumamente bueno; y no eres sumamente bueno, sino porque eres sumamente justo: verdaderamente por eso eres misericordioso, porque eres sumamente justo. Ayúdame, justo y misericordioso Dios, cuya luz busco; ayúdame, para que entienda lo que digo. Por lo tanto, verdaderamente eres misericordioso, porque eres justo. ¿Acaso tu misericordia nace de tu justicia? ¿Acaso perdonas a los malos por justicia? Si es así, Señor, si es así, enséñame cómo es. ¿O porque es justo que seas tan bueno, que no puedas ser entendido mejor; y tan poderosamente obrar, que no puedas ser pensado más poderoso? Pues, ¿qué es más justo que esto? Esto ciertamente no se haría; si fueras bueno, solo retribuyendo, y no perdonando; y si

hicieras de no buenos solo buenos, y no también de malos. Por lo tanto, de esta manera es justo que perdones a los malos, y que hagas buenos de los malos. Pues lo que no se hace justamente, no debe hacerse; y lo que no debe hacerse, se hace injustamente. Si, por lo tanto, no tienes misericordia justamente de los malos, no debes tener misericordia. Y si no debes tener misericordia, tienes misericordia injustamente. Pero si es impío decir esto, es lícito creer que tienes misericordia justamente de los malos.

CAPÍTULO X

Cómo justamente castiga, y justamente perdona a los malos.---Dios perdonando a los malos es justo según Él, porque hace lo que conviene a su bondad: pero no es justo según nosotros, porque no retribuye el castigo debido.

Pero también es justo que castigues a los malos: pues, ¿qué es más justo que los buenos reciban bienes, y los malos males? ¿Cómo, pues, es justo que castigues a los malos, y justo que perdones a los malos? ¿Acaso de una manera castigas justamente a los malos, y de otra manera perdonas justamente a los malos? Pues cuando castigas a los malos, es justo, porque conviene a sus méritos; pero cuando perdonas a los malos, es justo; no porque convenga a sus méritos, sino porque conviene a tu bondad. Pues perdonando a los malos eres justo según tú, y no según nosotros; así como eres misericordioso según nosotros, y no según tú; porque salvándonos a nosotros, que justamente perderías, eres misericordioso, no porque sientas afecto, sino porque sentimos el efecto; así eres justo, no porque nos retribuyas lo debido, sino porque haces lo que conviene a ti sumamente bueno. Así, pues, sin contradicción castigas justamente, y perdonas justamente.

CAPÍTULO XI.

Cómo todos los caminos del Señor son misericordia y verdad; y sin embargo, el Señor es justo en todos sus caminos.---De ninguna manera se puede entender por qué de los malos, salva a estos más que a aquellos, por la suma bondad: y condena a aquellos más que a estos, por la suma justicia.

Pero, ¿acaso no es justo también según tú, Señor, que castigues a los malos? Pues es justo que seas tan justo, que no puedas ser pensado más justo: lo cual no serías, si solo retribuyeras bienes a los buenos, y no males a los malos. Pues es más justo quien retribuye méritos tanto a los buenos como a los malos, que quien solo a los buenos. Por lo tanto, es justo según tú, justo y benigno Dios, tanto cuando castigas, como cuando perdonas. Por lo tanto, verdaderamente todos los caminos del Señor son misericordia y verdad (Salmo XXIV, 10); y sin embargo, el Señor es justo en todos sus caminos (Salmo CXLIV, 17). Y ciertamente sin contradicción; porque a quienes quieres castigar, no es justo salvar; y a quienes quieres perdonar, no es justo condenar. Pues solo es justo lo que quieres; y no es justo, lo que no quieres. Así, pues, nace de tu justicia tu misericordia; porque es justo que seas tan bueno, que también perdonando seas bueno: y esto quizás es, por qué el sumamente justo puede querer bienes para los malos. Pero si de alguna manera se puede entender por qué puedes querer salvar a los malos: ciertamente no se puede comprender de ninguna manera, por qué de los malos similares salvas a estos más que a aquellos, por la suma bondad; y condenas a aquellos más que a estos, por la suma justicia. Así, pues, verdaderamente eres sensible, omnipotente, misericordioso e impasible; como viviente, sabio, bueno, bienaventurado, eterno; y todo lo que es mejor ser que no ser.

CAPÍTULO XII.

Que Dios es la misma vida por la que vive; y así de lo similar.

Pero ciertamente lo que eres, no lo eres por otro que por ti mismo. Tú eres, pues, la misma vida, por la que vives; y la sabiduría, por la que sabes; y la misma bondad, por la que eres bueno con los buenos y los malos: y así de lo similar.

CAPÍTULO XIII.

Cómo solo Él es incircunscrito y eterno; aunque otros espíritus sean incircunscritos y eternos.---Ningún lugar y tiempo cohiben a Dios. Pero Él está en todas partes y siempre. Solo Él, como no deja de ser, así no comienza a ser.

Pero todo lo que está encerrado de alguna manera en lugar o tiempo, es menos que lo que ninguna ley de lugar o tiempo cohibe. Pues, ya que nada es mayor que tú, ningún lugar o tiempo te cohibe, sino que estás en todas partes y siempre: lo cual, porque solo de ti puede decirse: Tú solo eres incircunscrito y eterno. ¿Cómo, pues, se dice que otros espíritus son incircunscritos y eternos? Y ciertamente solo tú eres eterno; porque solo tú de todos, como no dejas de ser, así no comienzas a ser. Pero, ¿cómo solo tú eres incircunscrito? ¿Acaso el espíritu creado comparado contigo, es circunscrito; pero comparado con el cuerpo, incircunscrito? Pues ciertamente es completamente circunscrito, lo que cuando está todo en un lugar, no puede estar al mismo tiempo en otro lugar: lo cual se ve solo en los cuerpos. Incircunscrito, sin embargo, es lo que está todo en todas partes al mismo tiempo: lo cual se entiende solo de ti. Circunscrito, sin embargo, y al mismo tiempo incircunscrito es, lo que cuando está todo en un lugar, puede estar todo al mismo tiempo en otro lugar, pero no en todas partes: lo cual se conoce de los espíritus creados. Pues si el alma no estuviera toda en cada uno de los miembros de su cuerpo, no sentiría toda en cada uno. Tú, pues, Señor, singularmente eres incircunscrito y eterno; y sin embargo, también otros espíritus son incircunscritos y eternos.

CAPÍTULO XIV.

Cómo, y por qué se ve, y no se ve a Dios por quienes lo buscan.

¿Has encontrado, alma mía, lo que buscabas? Buscabas a Dios, encontraste que es algo supremo de todos, que nada mejor puede ser pensado; y que esto es la vida misma, la luz, la sabiduría, la bondad, la eterna bienaventuranza y la bienaventurada eternidad; y que esto es en todas partes y siempre. Pues si no encontraste a tu Dios, ¿cómo es Él esto, que encontraste, y que lo entendiste con tan cierta verdad y verdadera certeza? Si, pues, lo encontraste, ¿qué es lo que no sientes que encontraste? ¿Por qué no te siente, Señor Dios, mi alma, si te encontró? ¿Acaso no encontró, quien encontró que eres luz y verdad? Pues, ¿cómo entendió esto, sino viendo la luz y la verdad? ¿O pudo entender algo de ti, sino por tu luz y tu verdad? Si, pues, vio la luz y la verdad, te vio: si no te vio, no vio la luz ni la verdad. ¿Acaso es luz y verdad lo que vio; y sin embargo, aún no te vio, porque te vio de alguna manera; pero no te vio como eres? Señor Dios mío, formador y reformador mío, di a mi alma deseante, qué otra cosa eres que lo que vio, para que vea puramente lo que desea. Se esfuerza para ver más; y no ve más allá de lo que vio, sino tinieblas. Más bien no ve tinieblas, que no hay en ti; sino que ve que no puede ver más, por sus tinieblas. ¿Por qué esto, Señor, por qué esto? Se oscurece su ojo por su debilidad, o se deslumbra por tu resplandor? Pero ciertamente se oscurece en sí

mismo, y se deslumbra por ti. Ciertamente se oscurece por su brevedad, y se abruma por tu inmensidad. Verdaderamente se contrae por su estrechez, y se vence por tu amplitud. Pues, ¿cuánta es aquella luz, de la cual brilla toda verdad, que ilumina a la mente racional? ¿Cuán amplia es aquella verdad, en la cual está todo lo que es verdadero; y fuera de la cual no hay más que nada y falso? ¿Cuán inmensa es, que con una sola mirada ve todo lo que ha sido hecho, y por quién, y por quién, y cómo de la nada ha sido hecho? ¿Qué pureza, qué simplicidad, qué certeza, y qué esplendor hay donde está? Ciertamente más de lo que la criatura puede entender.

CAPÍTULO XV

Que es mayor de lo que puede ser pensado.

Por lo tanto, Señor, no solo eres aquello que nada mayor puede ser pensado; sino que eres algo mayor de lo que puede ser pensado. Pues puede pensarse que existe algo de este tipo; si tú no eres esto mismo, puede pensarse algo mayor que tú: lo cual no puede ser.

CAPÍTULO XVI.

Que esta es la luz inaccesible, que habita.

Verdaderamente, Señor, esta es la luz inaccesible, en la cual habitas; pues ciertamente no hay otra cosa, que penetre esta luz, para verte allí completamente. Verdaderamente por eso no veo esta luz, porque es demasiado para mí; y sin embargo, todo lo que veo, lo veo por ella, como el ojo enfermo, lo que ve, lo ve por la luz del sol, que no puede mirar en el mismo sol. Mi entendimiento no puede llegar a ella, brilla demasiado, no la capta, ni el ojo de mi alma puede soportar mirarla por mucho tiempo. Se deslumbra por el resplandor, se vence por la amplitud, se abruma por la inmensidad, se confunde por la capacidad. ¡Oh suma e inaccesible luz! ¡Oh toda, y bienaventurada verdad, cuán lejos estás de mí, que tan cerca estoy de ti! ¡Cuán lejos estás de mi vista, que tan presente estoy a tu vista! Estás toda presente en todas partes, y no te veo. En ti me muevo y en ti estoy, y no puedo acercarme a ti. Estás dentro de mí y alrededor de mí, y no te siento.

CAPÍTULO XVII.

Que en Dios hay armonía, olor, sabor, ligereza, belleza, de su modo inefable.

Aún te ocultas, Señor, a mi alma en tu luz y bienaventuranza; y por eso mi alma aún se mueve en sus tinieblas y miseria. Mira alrededor y no ve tu belleza. Escucha, y no oye tu armonía. Huele, y no percibe tu olor. Prueba, y no conoce tu sabor. Toca, y no siente tu ligereza. Pues tienes estas cosas, Señor Dios, en ti, de tu modo inefable, que las diste a las cosas creadas por ti, de su modo sensible; pero se han entumecido, se han aturdido, se han obstruido los sentidos de mi alma por la antigua enfermedad del pecado.

CAPÍTULO XVIII.

Que Dios es vida, sabiduría, eternidad, y todo verdadero bien.---Todo lo que está unido por partes, no es completamente uno; puede ser disuelto en acto o en entendimiento. Sabiduría, eternidad, etc., no son en Dios partes, sino uno, y el mismo todo que es Dios o la misma unidad, ni siquiera divisible en entendimiento.

Y de nuevo, he aquí la turbación; he aquí de nuevo el dolor y el luto se oponen a quien busca el gozo y la alegría. Mi alma esperaba ya la saciedad, y he aquí de nuevo se abruma por la escasez. Ya deseaba comer, y he aquí que tengo más hambre. Intentaba levantarme hacia la luz de Dios, y he caído en mis tinieblas. Más bien no solo he caído en ellas, sino que siento que estoy envuelto en ellas. Caí antes de que me concibiera mi madre. Ciertamente en ellas fui concebido, y con su envoltura nací. Ciertamente en aquel todos caímos, en quien todos pecamos. En aquel todos perdimos, quien fácilmente lo tenía, y mal para sí y para nosotros perdió, lo que cuando queremos buscar, no sabemos; cuando buscamos, no encontramos; cuando encontramos, no es lo que buscamos. Ayúdame, tú, por tu bondad; Señor, busqué tu rostro; tu rostro, Señor, buscaré, no apartes tu rostro de mí (Salmo XXVI, 8). Revélame de mí hacia ti. Limpia, sana, agudiza, ilumina el ojo de mi mente para que te contemple. Recoja fuerzas mi alma, y con todo el entendimiento de nuevo se dirija a ti, Señor. ¿Qué eres, Señor, qué eres, qué entenderá mi corazón de ti? Ciertamente eres vida, sabiduría, verdad, bondad, bienaventuranza, eternidad, y todo verdadero bien. Estas cosas son muchas: mi estrecho entendimiento no puede ver todas a la vez con una sola mirada, para deleitarse en todas a la vez. ¿Cómo, pues, Señor, eres todas estas cosas? ¿Son partes tuyas, o más bien cada una de estas cosas es todo lo que eres? Pues todo lo que está unido por partes, no es completamente uno, sino que de alguna manera es muchas cosas, y diferente de sí mismo; y puede ser disuelto en acto o en entendimiento: lo cual es ajeno a ti, que nada mejor puede ser pensado. Por lo tanto, no hay partes en ti, Señor, ni eres muchas cosas; sino que eres de tal manera uno, y el mismo contigo mismo; que en nada eres diferente de ti mismo: más bien tú eres la misma unidad, no divisible en entendimiento. Por lo tanto, vida, y sabiduría, y las demás, no son partes tuyas, sino que todas son uno; y cada una de estas cosas es todo lo que eres, y lo que son todas las demás. ¿Cómo, pues, no tienes partes; ni tu eternidad, que tú eres, nunca y en ningún lugar es parte tuya o de tu eternidad: sino que en todas partes eres todo, y tu eternidad es toda siempre.

CAPÍTULO XIX.

Que no está en lugar o tiempo, sino que todo está en Él.

Pero si por tu eternidad fuiste, y eres, y serás; y haber sido, no es ser futuro; y ser, no es haber sido o ser futuro: ¿cómo es tu eternidad toda siempre? ¿Acaso de tu eternidad nada pasa, para que ya no sea; ni algo es futuro, como si aún no fuera? Por lo tanto, no fuiste ayer, ni serás mañana; sino que ayer, y hoy, y mañana eres: más bien ni ayer, ni hoy, ni mañana eres; sino que simplemente eres fuera de todo tiempo. Pues nada más es ayer, y hoy, y mañana, que en el tiempo; pero tú, aunque nada es sin ti, no estás en lugar o tiempo, sino que todo está en ti: pues nada te contiene, sino que tú contienes todo.

CAPÍTULO XX.

Que está antes y más allá de todo, incluso de lo eterno.---La eternidad de Dios es toda presente para Él: las demás cosas de su eternidad aún no tienen lo que será, y ya no tienen lo que es pasado.

Por lo tanto, llenas y abarcas todo; estás antes y más allá de todo. Y ciertamente estás antes de todo; porque, antes de que fueran hechas, tú eres. Pero, ¿cómo estás más allá de todo? Pues, ¿cómo estás más allá de lo que no tendrá fin? ¿Acaso porque esas cosas no pueden ser de ninguna manera sin ti; pero tú de ninguna manera eres menos; aunque esas cosas vuelvan a

la nada? Pues de alguna manera estás más allá de ellas. ¿O también porque esas cosas pueden ser pensadas que tienen fin; pero tú de ninguna manera? Pues así esas cosas tienen fin de alguna manera; pero tú de ninguna manera. Y ciertamente lo que de ninguna manera tiene fin, está más allá de lo que de alguna manera se termina. ¿O también de esta manera trasciendes todo, incluso lo eterno, porque tu eternidad y la de ellas es toda presente para ti; mientras que ellas aún no tienen de su eternidad lo que vendrá, como ya no tienen lo que es pasado? Pues así siempre estás más allá de ellas; ya que siempre estás presente allí, o ya que eso siempre está presente para ti, a lo que ellas aún no han llegado.

CAPÍTULO XXI.

¿Acaso esto es el siglo de los siglos, o los siglos de los siglos?---La eternidad de Dios contiene los mismos siglos de los tiempos: y puede decirse siglo del siglo, o siglos de los siglos.

¿Acaso esto es el siglo de los siglos, o los siglos de los siglos? Pues así como el siglo de los tiempos contiene todas las cosas temporales; así tu eternidad contiene incluso los mismos siglos de los tiempos. Que es siglo, ciertamente, por la unidad indivisible; pero siglos, por la inmensidad interminable. Y aunque eres tan grande, Señor, que todas las cosas están llenas de ti, y están en ti; sin embargo, eres sin todo espacio, de modo que no hay medio, ni mitad, ni parte alguna en ti.

CAPÍTULO XXII.

Que solo Él es lo que es, y quien es.---Todas las cosas necesitan de Dios para ser, y para ser bien.

Tú solo, pues, Señor, eres lo que eres; y tú eres quien es. Pues lo que es otra cosa en todo, y otra cosa en las partes; y en lo que algo es mutable, no es completamente lo que es. Y lo que comenzó de no ser, y puede ser pensado que no es; y a menos que subsista por otro, vuelve a no ser: y lo que tiene haber sido, lo que ya no es; y ser futuro, lo que aún no es, eso no es propiamente y absolutamente. Pero tú eres lo que eres, porque lo que alguna vez, o de alguna manera eres, eso todo y siempre eres. Y tú eres quien propiamente y simplemente es; porque no tienes haber sido, o ser futuro; sino solo ser presente, ni puedes ser pensado alguna vez no ser. Pero también eres vida, y luz, y sabiduría, y bienaventuranza, y eternidad, y muchos bienes de este tipo; y sin embargo, no eres sino un bien y supremo, tú completamente suficiente para ti mismo, y no necesitando de nada; de quien todas las cosas necesitan para ser, y para ser bien.

CAPÍTULO XXIII.

Que este bien es igualmente Padre, e Hijo, y Espíritu Santo; y esto es lo único necesario que es todo, y todo, y solo bien.---El Verbo, siendo veraz y la misma verdad, no hay nada en el Padre que dice que no se haga en el Verbo por el cual se dice a sí mismo. Ni el amor que procede del Padre y del Hijo, es inferior al Padre o al Hijo, porque tanto el Padre como el Hijo se aman a sí mismos, cuanto bien son el Padre y el Hijo. De la suma simplicidad no puede nacer o proceder, más que lo que es esto de lo que nace o procede.

Este bien eres tú, Dios Padre; esto es tu Verbo, es decir, tu Hijo. Pues no puede ser otra cosa, que lo que eres, o algo mayor o menor que tú, estar en el Verbo, por el cual te dices a ti

mismo; ya que tu Verbo es tan verdadero, como tú eres veraz. Y por eso es la misma verdad como tú; no otra que tú; y así eres tú simple, que de ti no puede nacer otra cosa que lo que tú eres. Esto mismo es el amor uno y común a ti y a tu Hijo, es decir, el Espíritu Santo, que procede de ambos. Pues el mismo amor no es inferior a ti, o a tu Hijo; porque tanto te amas a ti y a él, y él a ti y a sí mismo; cuanto eres tú, y él; ni es otra cosa de ti y de él que no sea igual a ti y a él; ni de la suma simplicidad puede proceder otra cosa que lo que es esto de lo que procede. Pero lo que es cada uno, esto es toda la Trinidad a la vez, Padre, e Hijo, y Espíritu Santo; ya que cada uno no es otra cosa que la unidad sumamente simple, y la simplicidad sumamente una; que no puede multiplicarse, ni ser otra cosa y otra cosa. Por lo tanto, uno es necesario. Por lo tanto, esto es lo único necesario, en lo que está todo bien; más bien lo que es todo, y uno todo, y solo bien.

CAPÍTULO XXIV.

Conjetura de qué tipo y cuánto es este bien.---Si la vida creada es buena, ¡cuán buena es la vida creadora!

Despierta ahora, alma mía, y levanta todo tu entendimiento, y piensa cuanto puedas qué tipo y cuánto es ese bien. Pues si cada bien es deleitable, piensa intensamente cuán deleitable es ese bien, que contiene la alegría de todos los bienes; y no como en las cosas creadas hemos experimentado, sino tan diferente cuanto difiere el Creador de la criatura. Pues si la vida creada es buena, ¡cuán buena es la vida creadora! Si la salvación hecha es deleitable, ¡cuán deleitable es la salvación que hizo toda salvación! Si la sabiduría en el conocimiento de las cosas creadas es amable, ¡cuán amable es la sabiduría, que creó todas las cosas de la nada! Finalmente, si hay muchas y grandes delicias en las cosas deleitables, ¡qué tipo y cuánta delicia hay en aquel que hizo las mismas cosas deleitables!

CAPÍTULO XXV.

Qué y cuántos bienes hay para quienes disfrutan de él.---El gozo en los bienaventurados se multiplicará por la bienaventuranza y el gozo de los demás.

¡Oh quien disfruta de este bien! ¿Y qué le será, y qué no le será? Ciertamente, lo que quiera, será; y lo que no quiera, no será. Allí ciertamente estarán los bienes del cuerpo y del alma, tales como ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (Isaías LXIV, 4; I Cor. II, 9). ¿Por qué, entonces, vagar por muchas cosas, pequeño hombre, buscando bienes para tu alma y tu cuerpo? Ama un bien en el que están todos los bienes, y es suficiente. Desea un bien simple que es todo bien, y es suficiente. Pues, ¿qué amas, carne mía; qué deseas, alma mía? Allí está, allí está todo lo que amas, todo lo que deseas. Si deleita la belleza, los justos brillarán como el sol (Mateo XIII, 43). Si la velocidad, o la fortaleza, o la libertad del cuerpo, a la que nada puede resistir, serán como los ángeles de Dios, porque se siembra cuerpo animal, y resucitará cuerpo espiritual (I Cor. XV, 44), ciertamente en poder, no en naturaleza. Si la vida larga y saludable, allí está la eternidad sana, y la salud eterna; porque los justos vivirán para siempre (Sabiduría V, 16), y, la salvación de los justos es del Señor (Salmo XXXVI, 39). Si la saciedad, se saciarán cuando aparezca la gloria de Dios (Salmo XVI, 15). Si la embriaguez, se embriagarán de la abundancia de la casa de Dios (Salmo XXXV, 9). Si la melodía, allí los coros de ángeles cantan sin fin a Dios. Si cualquier placer no inmundado sino puro, los saciarás con el torrente de tu placer, Dios (Ibid). Si la sabiduría, la misma sabiduría de Dios se mostrará a ellos. Si la amistad, amarán a Dios más que a sí mismos, y entre sí como a sí mismos; y Dios a ellos, más que ellos a sí mismos; porque ellos a él, y a sí

mismos, y entre sí por él; y él a sí mismo, y a ellos por sí mismo. Si la concordia, todos ellos tendrán una sola voluntad, porque no tendrán otra, sino solo la voluntad de Dios. Si el poder, serán omnipotentes de su voluntad, como Dios de la suya. Pues, así como Dios puede lo que quiere, por sí mismo; así ellos podrán lo que quieran, por él; porque, así como ellos no querrán otra cosa, que lo que él; así él querrá lo que ellos quieran; y lo que él quiera, no podrá no ser. Si el honor y las riquezas, Dios pondrá a sus siervos buenos y fieles sobre muchas cosas (Lucas XIII, 42); más bien serán llamados hijos de Dios, y dioses; y donde esté su Hijo, allí estarán ellos, herederos de Dios, coherederos de Cristo (Rom. VIII, 17). Si la verdadera seguridad, ciertamente estarán tan seguros de que nunca y de ninguna manera les faltará esto, o más bien este bien: como estarán seguros de que no lo perderán por su propia voluntad, ni el amante Dios se lo quitará a sus amantes contra su voluntad, ni nada más poderoso que Dios los separará de Dios y de ellos. Pero, ¿qué gozo, o cuánto es, donde hay tal y tanto bien! Corazón humano, corazón necesitado, corazón experimentado en aflicciones, más bien abrumado por aflicciones, ¡cuánto gozarías, si abundaras en todas estas cosas! Pregunta a tus entrañas si pueden contener su gozo de tanta bienaventuranza suya. Pero ciertamente si otro, a quien amaras completamente como a ti mismo, tuviera la misma bienaventuranza, se duplicaría tu gozo, porque no gozarías menos por él que por ti mismo. Si, pues, dos o tres o muchos más tuvieran lo mismo, gozarías tanto por cada uno, como por ti mismo; si amaras a cada uno como a ti mismo. Por lo tanto, en aquella perfecta caridad de innumerables ángeles bienaventurados, y hombres, donde ninguno amará menos a otro que a sí mismo, no gozará cada uno de otro modo por cada uno de los demás, que por sí mismo. Si, pues, el corazón del hombre de tanto bien suyo apenas podrá contener su gozo, ¿cómo será capaz de tantos y tan grandes gozos? Y ciertamente, ya que cuanto más ama uno a alguien, tanto más goza de su bien: así como en aquella perfecta felicidad cada uno amará sin comparación a Dios más que a sí mismo y a todos los demás con él; así gozará más sin medida de la felicidad de Dios que de la suya y de la de todos los demás con él. Pero si amarán a Dios así con todo el corazón, toda la mente, toda el alma; sin embargo, todo el corazón, toda la mente, toda el alma no será suficiente para la dignidad del amor; ciertamente así gozarán con todo el corazón, toda la mente, toda el alma; que todo el corazón, toda la mente, toda el alma, no será suficiente para la plenitud del gozo.

CAPÍTULO XXVI.

¿Acaso este es el gozo pleno que promete el Señor?---Los bienaventurados gozarán tanto como amarán: amarán tanto como conocerán.

Dios mío, y Señor mío, mi esperanza, y el gozo de mi corazón, di a mi alma, si este es el gozo, del que nos hablas por tu Hijo: Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea pleno (Juan XVI, 24). Pues he encontrado un gozo pleno, y más que pleno. Pues pleno de corazón, plena mente, plena alma, pleno todo el hombre con aquel gozo, aún sobreabundará el gozo. Por lo tanto, no todo aquel gozo entrará en los que gozan; sino que todos los que gozan entrarán en el gozo. Di, Señor, di a tu siervo dentro de su corazón, si este es el gozo, en el que entrarán tus siervos, que entrarán en el gozo de su Señor. Pero ciertamente aquel gozo, que gozarán tus elegidos, ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (Isaías LXIV, 4; I Cor. II, 9). Por lo tanto, aún no he dicho, ni pensado, Señor, cuánto gozarán aquellos tus bienaventurados. Ciertamente gozarán tanto, cuanto amarán; amarán tanto, cuanto conocerán. ¿Cuánto te conocerán, Señor, entonces; y cuánto te amarán! Ciertamente ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre en esta vida, cuánto te conocerán y amarán en aquella vida. Te ruego, Dios, que te conozca, te ame para que goce de ti. Y si no puedo en esta vida plenamente, al menos progresa día a día, hasta que llegue aquello plenamente; progresa aquí

en mí el conocimiento de ti y allí sea pleno; crezca tu amor, y allí sea pleno para que aquí mi gozo sea en esperanza grande y allí sea en realidad pleno. Señor, por tu Hijo mandas, más bien aconsejas, pedir; y prometes recibir para que nuestro gozo sea pleno. Pido, Señor, lo que aconsejas por nuestro admirable consejero; recibiré lo que prometes por tu verdad, para que mi gozo sea pleno. Dios veraz, pido; recibiré para que mi gozo sea pleno. Medite mientras tanto mi mente sobre esto; hable mi lengua sobre esto. Ame mi corazón esto; hable mi boca sobre esto. Mi alma tenga hambre de esto, mi carne tenga sed de esto, toda mi sustancia desee esto, hasta que entre en el gozo del Señor, que eres trino y uno Dios, bendito por los siglos. Amén.